

MUERTE SÚBITA EN FÁRMANON

Por Andrés M. Cardiel Martínez

“Ni las piedras, ni las maderas ni sus constructores hacen la Ciudad: la Ciudad y sus murallas están doquiera se hallen hombres capaces de procurar su seguridad”.

(ALCEO, poeta, aristócrata y soldado, Mitilene, fines del siglo VII).

- Las sensaciones que ha tenido últimamente son más habituales de lo que piensa. Además, los análisis han dado todos negativos y no hay razón para preocuparse. Sin embargo dentro de dos ciclos volveremos a explorarle, por si hubiese una posible incubación, cosa por otro lado poco probable. Solo se conoce un caso entre un millón de incubación no detectada por el sistema. – el médico sonrió- ¿Cuándo le toca la próxima DS?

- En este ciclo.- contesto el paciente

- Mientras se someta a la DS, como marca la ley de prevención de epidemias, no hay motivo para preocuparse, es imposible el contagio. Si se salta alguna DS el riesgo sería altísimo y, si fuese contagiado, la propia enfermedad le convencería para evitar cualquier vacuna llevándole sin remedio a un desenlace fatal. No olvide esto nunca, si se salta una DS acuda a un centro cuanto antes para que se la administren. – el doctor le estaba hablando con cierta indiferencia de algo que todos los ciudadanos de Fármanon debían saber. La DS era el único sistema de prevención, la única arma de que disponía la medicina moderna contra la única enfermedad superviviente.

- Nunca he sobrepasado la fecha y por eso me preocupan tanto estos síntomas. Como ya le dije, son tan inusuales para mí y tan repentinos que no he podido dormir bien en estos últimos tres ciclos... sería horrible si...

El doctor volvió a fruncir el ceño por enésima vez durante la consulta.

- ¿Volvemos al principio?

- No. Ya estoy más tranquilo- no pudo mantener la mirada mientras decía estas palabras. En realidad le hubiese tranquilizado más que le hubiesen encontrado alguna anomalía. Algo que diese sentido a aquella extraña sensación en la espalda. Si estaba

perfectamente ¿Por qué le acosaban aquellas alarmantes impresiones?

A lo largo de su vida había visto unos cuantos casos de infección. Su vecino, por ejemplo, hace treinta ciclos que se lo llevaron. “Será algo temporal” le dijo a su hija el delegado de la UDS. Pero nunca volvió. Y ¿Qué se sabe de él? ¿Qué se sabe de todos ellos? El gobierno de Fármanon dice que son irrecuperables y que se les atiende bien. Pero no es posible que vuelvan. ¿Por qué? Oficialmente se hace necesario que su paradero permanezca en secreto como medida profiláctica.

- Bien, Dr. Nergu, sus palabras me tranquilizan solo en parte.- continuó el paciente inquieto- comprenderá que tenga mis reservas...

-¿Qué quiere decir?- Nergu frunció el ceño.

- Ustedes se encargan de la EME, la última y única enfermedad que queda, - el Dr. Nergu asintió- entonces ¿de qué mueren los farmanitas?

El Dr. Nergu no pudo disimular su sobresalto y le dio un codazo a su láser de curas rápidas.

-¿Por qué dice eso?- preguntó el Dr. Nergu volviendo a su apariencia serena.- todos morimos de viejos aunque la apariencia que elegimos tener a lo largo de nuestra vida lo contradiga.

- No sé. Tengo la sensación de estar amenazado por algo desconocido. Pero cada vez es un temor más real, cada vez que...- el paciente se paró, acababa de comprender de donde venía esa sensación de temor a la muerte. Decidió no decírselo a Nergu. No sabía por qué lo había mencionado.- perdone doctor, son solo tonterías, pesadillas infantiles.

Nergu volvió a fruncir el ceño preocupado. Decidió indagar más en una futura visita, tenía que pensar sobre ello.

- Sr. Kreg, la enfermera le grabará la fecha de la siguiente revisión en su Medical-Base.- le dijo

dando por terminada la visita.

Cuando el Dr. Nergu se quedó solo en el gabinete se recostó, agotado, en su receptáculo de escritorio. Activó la función reponedora y se dejó envolver por la refrescante sustancia tónica que le devolvería su vigor después de tan duro ciclo de trabajo. El Sr. Kreg había sido su último paciente en el ciclo. Su preocupación era común a muchos pacientes. Siempre la misma: miedo a contraer la EME o Enfermedad Mental Esquizofrenizante. Nergu se planteaba en ocasiones, y así lo había transmitido en diversos foros, la necesidad de tratar estas preocupaciones infundadas sobre la EME como una nueva patología. Los últimos estudios, realizados bajo su dirección, no indicaban que esta preocupación fuese indicio de una posible infección o de que los ciudadanos que la sufrían fuesen más propensos a contraer la EME. Pero la calidad de vida de estos alarmados farmanitas estaba condicionada por el miedo. Miedo a la enfermedad o miedo al ostracismo que causaba.

El Dr. Nergu había indagado en las crónicas antiguas de medicina. Su buena situación en el Consejo de Doctores del Farmón le permitió acceder a tan secreta información a pesar de la oposición de un tercio de los Venerables Doctores. Pero no encontró luz que alumbrase las tinieblas de sus pacientes. Una antigua dolencia conocida como “Hipocondría” llamó su atención, pero solo le sirvió para dar nombre a la nueva patología sobre la que quería atraer el interés del Farmón. Síndrome de Hipocondría: benigno, pero molesto.

Algunos habitantes de Fármanon, una minoría, reflejaban en las visitas el Síndrome de Hipocondría. De manera infundada, por supuesto, pero persistente. ¿Era quizá una cuestión de debilidad en el carácter? La sociedad les había liberado de preocupaciones demasiado rápido y algunos cerebros no habían tenido tiempo a que la evolución modificase ciertas pautas de comportamiento. Los temores ocultos durante milenios afloraban en algunos individuos canalizadores. El avance de la sociedad había acabado con los motivos reales, pero no con los temores. Estos temores necesitaban de aquellos motivos para desarrollarse y encontraron el único que conocían los Farmanitas: la EME.

La vacuna DS prevenía la EME mediante un proceso de desesquizofrenización. Nergu no sabía realmente que principio activo formaba la vacuna. El tercio dominante del Consejo del Farmón dirigido por el venerable Marlon guardaba celosamente el secreto. Tampoco nadie sabía a ciencia cierta qué provocaba la EME, pero Nergu sospechaba que Marlon y su séquito ocultaban algo a este respecto.

Al Dr. Nergu, se le conocía dentro del Farmón por su interés en la investigación de la actividad cerebral en los estadios preinfecciosos como indicio para un diagnóstico precoz de la EME. Esta línea de investigación, contraria a la que seguía la comunidad científica oficial, le creó cierta fama de reaccionario entre los miembros del Farmón.

Nergu no confiaba en Marlon y tenía la sensación de que el sentimiento era recíproco. El asunto venía de lejos. Desde el Consejo en el que se trató el tema “¿De qué morimos?” propuesto por él mismo tras descubrir que algunos individuos fallecían a edades tempranas.

Los Farmanitas morían, la próspera evolución de la sociedad no había podido vencer a la muerte, aunque sí al envejecimiento. Cada farmanita decidía cuando había llegado a su momento álgido, al aspecto que siempre querría tener. La media estaba en los treinta y dos años. Entonces se hacía una solicitud al Farmón y éste decidía si se anulaba el envejecimiento para que conservase ese aspecto hasta su muerte. La decisión era siempre afirmativa.

A pesar del retoque estético la muerte siempre llegaba. Súbitamente, a unos antes que a otros. Esto es lo que preocupaba a Nergu hasta el extremo de convocar un Consejo para tratar el problema: la esperanza de vida de un farmanita es de cuarenta y cinco años. Casi la mitad que las antiguas civilizaciones de la Época de las Razas. Nergu tenía una teoría sobre la muerte temprana de los farmanitas. Entendía que solo dos procesos artificiales invadían el cuerpo de un ciudadano a lo largo de su vida y podrían estar relacionados con una posible incompatibilidad biológica: la DS y el

proceso de paralización del envejecimiento. Todo este debate que quería abrir quedaba dentro de la competencia de los médicos dirigentes de la ciudad, por eso le había sorprendido que un paciente común como el Sr. Kreg tuviese esas mismas inquietudes sobre la muerte.

El Farmón desestimó el caso. Las propuestas de Nergu para abrir una investigación fueron vetadas por Marlon y su facción. La decisión debía ser unánime. El farmanita no temía la muerte. No desde hacía doscientos años. Al evitar el envejecimiento nadie sabía realmente a qué edad moría. Solo los secretos censos del Farmón podían desvelar la edad de un ciudadano Farmanita. Morían felices, de manera súbita, pero felices. Así lo reflejaba la sonrisa que todos ellos mostraban en su “rigor mortis”.

Sin embargo los que morían con la EME reflejaban en sus rostros terror, miedo y mentes torturadas. La decisión del Farmón era clara e inamovible: la muerte súbita no era un problema, la EME sí. Nergu acabó por aceptar la muerte súbita como algo propio de su sociedad e intentaba olvidar el asunto. Pero la aparición del Sr. Kreg había reabierto viejas interrogantes.

El Dr. Nergu salió de entre la sustancia biorelajante sin la sensación que se esperaba de ella. Preocupado por el próximo Consejo del Farmón, decidió que actuaría como un buen médico, y haría un seguimiento exhaustivo de su paciente el Sr. Kreg. Aquel paciente podía ser una primera respuesta a sus inquietudes.

Después de despedirse del médico, Kreg se dirigió al vestíbulo. Allí, en vez de aguardarle una belleza rubia prototípica diseñada con la última tecnología, dispuesta a sonreírle hasta que se le fundiesen los labios, le esperaba sin embargo una joven de pelo castaño y sonrisa humana. Recordó la agradable sorpresa que se llevó en la primera visita al comprobar que era una enfermera de carne y hueso, la primera que veía, y esto le había ayudado a decidirse por la elección de aquel médico que, al contrario que sus colegas, no usaba de ayudante a una de esas frías máquinas llenas de ciencia y bases de datos. Había algo familiar en aquella atractiva mirada y no era el color verde de sus ojos. Algo que, sin saber qué era, le hizo ver una diferencia con el resto de mujeres de Fármanon que había conocido durante sus treinta y un años de vida. A pesar de estar seguro de no haberla visto hasta que acudió por primera vez a la consulta nunca le pareció una desconocida. Desde aquel primer momento se sintió atraído hacia ella. Y comenzaba a creer que este sentimiento era mutuo. Parecía como si le dedicase más atención que al resto de pacientes. Creía ver sus pupilas más dilatadas cuando era él el objeto de su mirada. Pero no tenía la certeza absoluta.

La joven enfermera pasó el regrabador por la Medical-base injertada a ras de piel en su brazo derecho.

- Muy bien, Sr. Kreg, ya tiene en su base la cita. Esperamos verle para entonces

igual de sano que hasta ahora. – la chica le miraba a los ojos.

El señor Kreg masculló entre dientes.

- Eso es impredecible...

La enfermera dejó de sonreír y se tocó el pelo con nerviosismo. Fingió no haber escuchado a Kreg ¿tendría ella también miedo a la muerte? ¿Y qué podía importar? Se estaba volviendo loco.

- *Carpe Diem.*- dijo por fin Kreg

- ¿Cómo dice?

- Nada, es una expresión antigua. Vivamos el momento mientras dure.

- Si, creo que es lo mejor que podemos hacer.

Kreg la miró de arriba abajo valorando una vez más su potencial. Decidió que había llegado el momento de explorarlo. Podía haber sido ella perfectamente la que hubiese propuesto un encuentro sexual, pero algo le decía que aquella mujer valoraba a sus amantes potenciales de diferente forma que el resto de jóvenes de su edad.

- ¿Al finalizar el ciclo, en mi casa?- se atrevió a preguntar Kreg.

- De acuerdo- respondió bajando la mirada, como si hubiese sido sorprendida en sus pensamientos.

Sabía que, antes de contestar, ella había ojeado su historial médico. Estaba limpio... de momento.

Cuando salió de la unidad de salud Kreg decidió no preparar nada especial para el encuentro. La enfermera, como quiera que se llamase, prometía con su aspecto voluptuoso un jugoso disfrute. Pero nada de festejos adicionales, solo sexo, inconscientemente la había deseado tanto estos últimos ciclos que no hacía falta ningún añadido más.

El desasosiego por su estado de salud aún no se había disipado y probablemente seguiría al final del ciclo. Pensó en dar un largo paseo por la ciudad.

Mientras caminaba la indecisión se hizo dueña de su ánimo. Estaba demasiado nervioso para la cita con la enfermera, la anularía en la base. Y pediría una segunda opinión en la unidad de salud de los arrabales. Le habían dicho que allí los médicos eran más comprensivos con las preocupaciones de sus pacientes. No solo se servían de la ciencia sino que además escuchaban pacientemente. ¿Ciencia, qué ciencia? La ciencia estaba muerta- pensó-, solo los médicos habían pervivido y le habían dado la espalda para dedicarse a dirigir la ciudad. Finalmente quiso diluir todas sus dudas cogiendo un transporte que le alejase de allí sin ningún rumbo concreto.

Miró, a través de los grandes miradores del transporte, hacia la ciudad. Esta se extendía hasta solaparse con el horizonte, cobijada por un intenso azul salpicado de nubes que desde hacía mil doscientos años no habían descargado lluvia sobre la tierra. A veces se preguntaba cómo había sido aquella lluvia. Tenía que ser una sensación muy

extraña sentirse mojado desde el espacio ¿Quemaría aquella agua celeste? Sin saber porqué le daba la impresión de que ardería en su piel.

No había arquitecturas, solo volúmenes diferentes al servicio de innumerables funcionalidades destinadas a los ciudadanos. Todo estaba interconectado por las vías aéreas y subterráneas por las que discurrían los transportes. Estas lanzaderas eran públicas, ya que no se fabricaban vehículos individuales, excepto para las UDS o unidades de desesquizofrenización, encargadas de mantener la salud y el orden de los ciudadanos.

El color era dueño de la materia, lo inundaba todo. Cuando Kreg quería comparar aquella megalópolis con algo que conociese, los campos de flores que vio una vez en un viejo cuadro del Museo del Farmón venían a su mente. ¿Cómo habían sido aquellas flores? Solo los colores habían permanecido inmortales. Le parecían comunes a los tonos de Fármanon, aunque los del cuadro estaban limitados por su marco y los de la ciudad parecían no tener fin. Fármanon se extendía hasta el infinito y más de una vez le había costado un ciclo regresar a casa de sus habituales excursiones por las amplias avenidas. Le gustaba especialmente ahogarse en el torrente de gentío que discurría por ellas Y disfrutar del roce de sus conciudadanos en las batallas que se imaginaba cuando el cruce de las vías urbanas o los cambios de dirección enfrentaban a un gentío que viene frente a otro que va. Como si fuesen dos ejércitos uno contra el otro. Kreg pensaba que aquellos bandos imaginarios defendían distintos intereses. Los que ya habían hecho lo que tenían que hacer frente a los que iban a hacerlo. Los que ya han visto frente a los que van ha ver. Los que van contra los que vuelven. Los colores de los trajes de ambas partes se mezclaban en un movimiento frenético. No había bajas ni vencedores en la batalla. Sin embargo al terminar el ciclo siempre le quedaba la impresión de que la muerte había diezmado algún barrio más que otro y al siguiente ciclo alguno de los torrentes humanos tendrían más huecos en su corriente.

Todo estaba informatizado y mecanizado. A diferencia de los tiempos antiguos, nadie trabajaba. Nadie empleaba su tiempo en lo ajeno, excepto los Doctores del Farmón, que dirigían la ciudad, y los médicos que velaban por la salud de todos los Farmanitas junto con las UDS. Todo lo demás era controlado y manejado por ingenios artificiales.

Los habitantes de Fármanon solo debían preocuparse de vivir en paz y disfrutar del ocio que les rodeaba. Y a veces lo conseguían. Solo la EME les recordaba su fragilidad, olvidada hacía siglos.

Kreg también se preguntaba, en la cómoda soledad tecnológica de su hogar, hacia donde se dirigían esas personas que se cruzaban con él o que compartían la marcha en sus excursiones urbanas. Coincidió muy poco con ellos en los museos, y mucho en las ludo-vainas o los oráculos. A estos últimos se acudía para saber qué hacer con lo experimentado hasta ese momento en la vida de un farmanita. Los oráculos conectaban sus extremidades filamentosas al cerebro y absorbían todas las ideas, impresiones y vivencias del individuo, las estudiaban y les sacaban el máximo rendimiento para aportar al usuario nuevas posibilidades. De esta manera te orientaban

sobre qué poder hacer al ciclo siguiente para que te sorprendieses más o lo pasases mejor y con quien, ya que también te buscaban una “alma gemela” o grupo afín con quien disfrutar de todo ello. Kreg, sin embargo, se lo ponía difícil a los oráculos, ya que sus gustos y vivencias eran propios de una minoría. Y como tal se sentía, sobre todo en la búsqueda de cierta diferencia frente a sus vecinos, algo que le hiciese sentirse de algún modo libre. Por eso iba a los oráculos para hacer justamente todo lo contrario de lo que le aconsejaban. Entonces tenía la sensación de que nadie sabía lo que estaba haciendo en ese momento, ni podía predecir sus movimientos, sintiéndose dueño de sus actos. Solo así mitigaba la sensación que siempre había tenido de no controlar su destino.

Como divertimento, en ocasiones le gustaba jugar a ser él mismo un oráculo, poseyendo las vivencias de otro farmanita. Decidía seguir a quien le rozaba o le miraba en uno de los ríos humanos, sobre todo si era mujer, y le seguía durante todo el ciclo para estudiar sus movimientos y lo que realizaba en su que hacer cotidiano. Procuraba que el espionado no se diese cuenta, aunque cuando se trataba de una mujer muchas veces el juego acababa con un encuentro sexual en el hogar de alguno de los dos. Si esto se podía evitar, Kreg asumía como propias las experiencias de su conciudadano seguido durante el ciclo, memorizándolas y volcándolas en un oráculo diferente al del vigilado para no levantar sospechas. Al ciclo siguiente la información obtenida debía ser muy parecida, sino igual, a la que su vecino espionado habría recibido de su visita al oráculo, por lo que el encuentro era irremediable. Y ventajoso para Kreg pues tenía un conocimiento previo de esa persona y lo que haría en ese ciclo. Este hecho le hacía sentirse con poder. Conocía así cada vez más la ciudad y sus habitantes.

En Fármanon no existía el delito, exceptuando a los que contraían la infección. Todos tenían lo que deseaban aunque fuese de manera virtual en las ludo-vainas. Él se sentía en cierto modo trasgresor, pero, sabiendo que no hacía mal a nadie, prefería satisfacer sus inquietudes.

Hasta que, no hacía muchos ciclos, en una de sus distracciones siguió a un infectado. Cuando Kreg se dio cuenta resultó demasiado tarde.

Estaba empezando a recordar aquel incidente, mirando más allá del colorido que le mostraban los miradores, cuando un estruendo le devolvió a la realidad.

De pronto el acceso lateral entre los módulos deslizantes del transporte saltó en hirientes pedazos, dañando a algunos pasajeros. Una mujer gritó asustada, mientras un joven presa del temor huía a la plataforma contigua. Kreg estaba paralizado, hipnotizado por la maltrecha figura de la joven mujer que había traspasado con su cuerpo la vidriosa superficie de la puerta lateral. Estaba salpicada de cristales, sangrando, aunque parecía no darle importancia. Su preocupación venía del módulo que acababa de dejar.

Kreg la miró a los ojos y vio los signos de la enfermedad: temor,

desorientación...locura. Miraba a los ocupantes del transporte con desagrado, a alguno con repelente sorpresa y Kreg pudo incluso atisbar compasión cuando se fijó en una niña y le devolvió un juguete que había dejado caer por el susto. Sin embargo en casi todos parecía ver monstruos.

- ¡No sabéis realmente como sois!-gritó-¡No lo sabéis!

No había duda, había contraído la enfermedad. Debían evitar todo contacto. Pero ¿Dónde estaba la UDS? Era extraña su tardanza. Kreg nunca había visto un contagiado en crisis tan de cerca, la Unidad siempre había sido fulminante en la erradicación de estos episodios. En su fuero interno lo que más le aterraba era la perspectiva de tener que pasar una cuarentena de varios ciclos, eso sin contar con la posibilidad de estar ya irremediablemente infectado. Pero afortunadamente nunca había tocado a alguno de aquellos desgraciados. Intentó deslizarse sin despertar la atención de la joven, que estaba meditando observando los miradores del módulo.

Kreg adivinó que veía en ellos una escapatoria.

-No lo hagas- le dijo olvidando que en un principio pretendía pasar desapercibido- aún puedes llevar una vida digna. Ellos te cuidaran.

La contagiosa le miró.

- Si algún día conoces la verdad, tú harás lo mismo- gritó. Y se arrojó por el mirador al encuentro de una muerte segura. Los vidrios cayeron sobre Kreg como una lluvia de destellos.

Nadie en el módulo se atrevía a mirar. La niña estaba llorando en el regazo de su madre. Kreg sentía lo ocurrido. Sabía que entre los que contraían la enfermedad el suicidio era la salida más frecuente. Pero lo sentía de corazón. Había visto más humanidad en aquellos ojos desesperados de la que nunca vio jamás.

- No se muevan y muestren el acceso a sus bases para poder identificarlos. A partir de ahora están en cuarentena. Tienen derecho a ocultar este hecho para evitar discriminaciones posteriores. Levántense y muestren en todo momento sus manos. Acabaremos pronto.- estas palabras las acababa de pronunciar el primer miembro de la UDS que irrumpía en el modulo. Detrás de él, tres más. Una unidad de desesquizofrenización al completo. Todos vestidos con el traje epidemiológico y los aceros reductores. Pero Kreg pudo ver que alguno de ellos estaba herido. Ahora comprendía su tardanza. Aquella desdichada mujer les había tenido en jaque defendiéndose y escabulléndose como un animal acosado.

Nunca había estado en cuarentena y no estaba seguro de que llegase a gustarle. Pero de lo que si tenía certeza era de que al final de ese ciclo el tipo de enfermera que vería distaría mucho de la de su cita.

El transporte se detuvo para transbordar a un total de veintitrés pasajeros al vehículo de evacuación que debía llevarles al centro de cuarentena. Kreg pudo ver a lo lejos como recogían el cadáver culpable de la situación en que se encontraba ahora.

- No te preocupes- tranquilizó a la niña que comenzaba a gimotear- lo pasaremos

bien allí donde vamos.

- Su hermano contrajo la enfermedad, y le contó cosas atroces antes de ser recluso, desde entonces su carácter ha cambiado y temo que pueda contraerla ella también... y ahora esto.- dijo su madre.

Kreg pasó una de sus manos por la cabeza de la pequeña, la miró a los ojos y le sonrió. La niña le correspondió con una ligera mueca que parecía atisbar un gesto amistoso.

- No se preocupe, los niños no suelen contraerla.- Se giró hacia su madre.- Depende de usted que se la desesquizofrenice en las fechas correctas.

- Eso es precisamente lo que temo, que llegue ha faltarle algún día y no pueda valerse por sí misma.

Madre e hija se acomodaron en el vehículo de evacuación. Kreg hizo lo propio y volvió a extraviar sus pensamientos en la urbe que palpitaba a sus pies mientras se alejaban del transporte hacia la incertidumbre.

El azul comenzaba a tornarse oscuro y las nubes yermas y artificiales dejaron paso al fulgurante remache de las estrellas en contraste con las trémulas luces de la ciudad que fenecían al terminar el ciclo.

En ese momento, una enfermera volvía sola a su casa, sin comprender por qué la cita que tenía aquella noche no había aparecido y no había sido anulada en su base.

“Al igual que cada uno de nosotros tiene un padre, del mismo modo hemos de considerar que la Ciudad tiene como padres a todos los ciudadanos; y que, en consecuencia, es justo no sólo no privarlos de ninguno de estos nuevos recursos suyos sino que, si llegasen a faltarles, habría que buscar por cualesquiera medios que de nada careciesen.”

(DEMÓSTENES, IV Filípica, 41).

Las autoridades no decían nada sobre las defunciones de los farmanitas, durante decenios morían con una sonrisa en el rostro. ¿Cómo era posible que nadie supiese de qué morían los farmanitas? Desde hacia unos ciclos era consciente de esta realidad y por eso había ido a ver al Dr. Nergu. Esas impresiones las empezó a tener desde que siguió

a aquel hombre que resultó ser un infectado.

Lo había seguido como lo hizo con otros anteriormente: por diversión.

Le llamó la atención que aquel hombre de vez en cuando miraba a otro farmanita con asombro o temor pero enseguida volvía a bajar la mirada y apretaba el paso con nerviosismo. Decidió seguirle.

Recordaba un detalle muy extraño, aquel joven cuando se miraba la pierna derecha, cosa que hacía con frecuencia, comenzaba a cojear, dejando de hacerlo en el momento en que desviaba la atención sobre su extremidad. Aquel defecto facilitó el seguimiento ya que nadie en Fármanon cojeara.

El joven cojo se adentró en un transporte rápido, de los que llegaban en un ciclo y medio a los límites de la ciudad, acto seguido él hizo lo propio.

Pasó su antebrazo por el receptor de pasajeros y este le asignó en su pantalla los compartimentos disponibles. En algunos una luz violácea indicaba que sus ocupantes deseaban un encuentro sexual con aquel que quisiese unirse al habitáculo. Pero decidió escoger un compartimento destinado a las familias y activar la opción de “tranquilidad y soledad”.

Los volúmenes de las construcciones ciudadanas se sucedían vertiginosamente en los miradores del habitáculo, formando un ser alargado y multicolor que parecía cabalgar a la par del transporte, hasta que la caída del sol lo tornó en una oscura culebra como las que habitaban las ciénagas de los cuentos de su infancia que nunca lograba recordar quién le leía.

El ciclo llegaba a su fin y el transurbano hacia su aparición en la terminal de los arrabales con el último diseño aprobado en el Farmón. Más ligero y económico, su capacidad para llevar viajeros se había duplicado. También era más cómodo y rápido, lo que había propiciado que cada vez más farmanitas de los límites de la ciudad fuesen a recorrer el centro.

Seguirle el rastro sin ser visto entre aquellas vías iba a ser más difícil, ya que los arrabales estaban menos poblados. Solo quienes tenían una menor necesidad de ocio, vivían en ellos. Había menos centros residenciales, pero no por ello menos edificios. Todos los solares estaban construidos, predominando las construcciones destinadas al abastecimiento del resto de la ciudad: Laboratorios, industrias alimenticias, fábricas de oráculos y ludo-vainas, centros de formación de las UDS, y los centros de reproducción y desarrollo infantil.

El joven cojo conocía bien el lugar, andaba sin titubeos y sin mirar las indicaciones del sistema geográfico de su base. Intersección tras intersección se acercaba cada vez más al límite de la ciudad, arrastrándole tras de sí.

La indiferencia de Kreg, simulada para no levantar sospechas, se iba tornando cautela a medida que las vías por las que avanzaban estaban cada vez más desiertas, cobijando su sombra delatora detrás de cada esquina. También la iluminación de los edificios decaía al ser estos paulatinamente más funcionales y menos residenciales.

Llegó un momento en que las construcciones farmanitas desaparecieron. Salieron a una amplia explanada, antesala de la frontera de la ciudad. Ante él se alzaba la barrera protectora de todos los farmanitas. No se sabía de nadie que la hubiese cruzado. Se desconocía qué había al otro lado, ya que el último exiliado que fue acogido había llegado hacía un siglo y medio; y las noticias que dio eran de muerte y desolación. Nadie habría podido vivir más allá de Fármanon.

El cojo estaba parado frente al límite translúcido que no dejaba ver más allá. Se adivinaba la calma, quizá la muerte, a través del fluido energético que rodeaba el perímetro de la ciudad. Un ruido leve pero de incómoda constancia delataba la actividad del campo energético. Había oído que era inofensivo para los farmanitas, pero mortal para todo aquel ser vivo que no llevase una base identificadora. Sin embargo, el desconocimiento del otro lado era lo que evitaba que los farmanitas se aventurasen a cruzar el cerco.

Su presa seguía inmóvil, Kreg detrás, observándole en la esquina del último edificio. De pronto vio con asombro que unas sombras difuminadas se movían al otro lado de la barrera de fluido. Fue entonces cuando el joven cojo atravesó el cerco para reunirse con ellas. Él mismo se convirtió al hacerlo en otra sombra de contornos distorsionados por la translucidez de la barrera energética. Pasados unos instantes, durante los cuales las sombras parecieron parlamentar, se adentraron en la lejanía del otro lado hasta desaparecer. Si su perseguido se hubiese adentrado solo habría tenido la certeza de que su muerte era segura. Sin embargo alguien de fuera le había ido a recibir. ¡Había supervivientes más allá!

Después de unos minutos de temores e indecisión decidió...

La brusca desaceleración del transporte de seguridad sanitaria le sacó de sus pensamientos. Habían llegado al Centro de Cuarentena. El volumen esférico del edificio amaneció por encima de la amplia valla que lo custodiaba. Esta se diluyó unos metros al sentir la presencia del transporte. Al traspasar la abertura, los pasajeros pudieron ver el imponente aspecto del nuevo hábitat que les iba a recluir durante un tiempo indeterminado. Revestido de planchas de madera, pulidas hasta darles una translucidez que dejaba pasar la luz interior, el edificio tenía un aspecto casi solar. Se adivinaban en sus entrañas sombras con movimientos ralentizados, lo que daba al lugar cierta sensación de tranquilidad. No se veían en un primer vistazo puerta ni vano alguno, pero las sombras interiores, les indicaban que tarde o temprano estarían en su interior.

Un médico protegido por tejido aséptico les recibió, acompañado por dos guardias de la UDS.

- Soy el Dr. Blom.- a Kreg le pareció que su anfitrión había decidido demasiado pronto evitar el envejecimiento.- No se preocupen, tenemos la situación controlada y si colaboran no deben temer por su salud. Sé que no están acostumbrados a estar confinados, pero el cercado que nos rodea tiene una razón de ser. Eviten su contacto

pues está diseñado para una incineración fulminante de todo aquel cuerpo que indique composición orgánica, independientemente de su temperatura, así que se hace innecesario el que se puedan emplear escaleras construidas con madera para salvar la valla. Como comprobarán todo el edificio y su contenido está fabricado con esta extinta materia. Tampoco es posible la huida subterránea, ya que la valla se cimienta a partir de los cincuenta metros bajo tierra. Esta medida se toma solo como precaución y medio de desinfección hacia la posibilidad de poder extender un posible brote a la ciudad.

La voz de Blom atemorizó a la niña que comenzó a sollozar entre pequeños temblores. Kreg, viendo el gesto de contrariedad del médico, se anticipó a su madre y la tomó en brazos.

- Si me dices como te llamas- le susurró al oído- jugaremos juntos todos los ciclos que estemos aquí. Y sé muchos juegos que ningún otro niño ha jugado. Yo me llamo Kreg...

- Yalian- gimió la pequeña- ¿Me prometes que jugaremos?

La contestación de Kreg se vio interrumpida por la voz autoritaria del médico.

- Como no sabemos si alguno esta contaminado, no se les permite comunicarse entre ustedes, ya que de haber un infectado, sus ideas perturbadas podrían causar una psicosis entre los sanos de dimensiones impredecibles.

Yalian apretó sus brazos sobre el cuello de Kreg y acerco los labios a sus oídos para susurrarle.

- Ese hombre me da miedo- le dijo la pequeña- Mi hermano estuvo aquí ¿Me ayudarás a encontrarlo?

El médico se percató de los movimientos de Yalian y se acerco a ellos para arrancarla de los brazos de Kreg. Los gritos de terror de la niña pusieron nervioso al resto del grupo, que miraba con recelo a los guardias. La madre se lanzó a socorrer a su niña, pero fue frenada por la inflexible escolta y la pequeña fue entregada por el médico a un colega suyo que había salido de la esfera al oír los gritos. Seguidamente se la llevo al interior por la abertura que se abría a su paso y que se cerró tras él mientras Kreg gritaba a la chiquilla que no se preocupase, que no le harían daño.

De entre los pasajeros, una joven, intentó ayudar a Kreg a tranquilizar a la madre, pero fue inútil y acabó desmayándose.

El Dr. Blom obvió el incidente y continuó su particular bienvenida.

- A cada uno de ustedes se les ha asignado un médico-tutor que se encargará de su evaluación, evolución y tratamiento durante su estancia en el complejo. Les rogamos su colaboración y el seguimiento de las indicaciones de sus tutores. Pasarán de uno en uno para reunirse con ellos.

Todos los recién llegados fueron poco a poco engullidos por el sol de madera conforme se les iba llamando. Kreg y Blom quedaron solos frente a frente.

- Bien Sr. Kreg- el médico rompió el silencio.- Yo me encargaré de su

recuperación. Acompáñeme al interior.

Una vez dentro de la esfera recorrieron numerosos pasillos circulares, dispuestos de manera concéntrica. Estaban comunicados entre sí por cortos tramos rectos que aportaban las únicas esquinas del complejo. La iluminación parecía emanar de las propias paredes. Cuando Kreg creyó que se hallarían ya en el centro de la esfera llegaron a un despacho igualmente semiesférico. Blom le invitó a sentarse en un cubículo. Kreg decidió ser obediente y fue acogido por un haz de conexiones que se introdujeron en sus orificios craneales. Estaba nervioso.

- Tranquilícese, solo es un examen previo-dijo Blom.- En su Medical-Base figura una visita reciente al Dr. Nergu sin diagnóstico definitivo. ¿Por qué acudió a su consulta?

- ¿Podría venir el Dr. Nergu?- Kreg confiaba en él más que en el antipático Blom.

- Esta muy ocupado en sus funciones con el Farmón. Contésteme a la pregunta-exigió Blom con aspereza.

- Hace tiempo que tengo unas extrañas sensaciones en la espalda.

-¿De qué tipo?- Kreg comenzó a notar como los neuro-conectores se tensaban en su cerebro buscando de información. El examen había comenzado.

- Nunca he podido dormir con la espalda apoyada por que estaba incómodo, pero desde hace unos ciclos tengo la sensación de tener un gran bulto que tira de mí hacia abajo. Que pesa y que oscila desequilibrándome al andar. Es algo muy extraño.

- Si. Pero los análisis son negativos y las DS correctamente aplicadas.

- ¿Puedo entonces marcharme?- Kreg se temía la respuesta.

-No. Le vamos a mantener bajo observación. – Blom rebuscó en su escritorio y sacó un proyector holográfico. – Además, la prevención de la EME no es el único motivo por el que está aquí.

Kreg endureció la expresión.

El Dr. Blom accionó el proyector la representación de una figura humana se mostró ante ellos.

- ¿conoce a este hombre?- Blom le miraba a los ojos.

- No. Solo he coincidido con él en algún sitio. Pero no lo conozco personalmente- Kreg no deseaba contarle a Blom sus divertimentos.

-Este hombre es el Sr. Siro. Es muy peligroso para la estabilidad de Fármanon. Le estamos buscando por que sospechamos que planea destruir el Sistema Farmanita de Salud y propagar una epidemia de EME. Para ello tendrá que acabar con las DS. Sospechamos que tiene cómplices, quizá una organización.- Blom volvió a mirarle fijamente a los ojos.- ¿Por qué le siguió? ¿Qué lazos le unen a este hombre?

Kreg comprendió en ese momento que le explicación de la verdad parecería

falsa, ridícula. ¿Un farmanita que se divierte siguiendo a sus vecinos?

Kreg dio la callada por respuesta.

-¿Qué hay más allá de la frontera?- siguió interrogando Blom.

- El horror- decidió contestar Kreg.

- ¡Vaya! Reconoce haber estado fuera del límite.

-Solo un instante. Unos metros.

-¿Qué vio?

- Un cielo oscuro. Tierra quemada, mucho polvo en el aire... y degradación.

- ¿Sintió algo?

- Mis manos se deformaron en unos instantes. Mi piel se oscureció y agrietó. Adquirió un tono sanguinolento con las venas que afloraban a su superficie. Aunque no me pude ver la cara, la toque y su relieve era deforme. El resto del cuerpo estaba cubierto por el traje.

- Pero ahora esta perfectamente.

- Al volver a entrar en la ciudad mi cara, mi piel, mis manos, volvieron a la normalidad.

- ¿Se da cuenta de que eso es imposible, de que todo está en su cabeza? ¡Miente, nadie puede volver si traspasa la frontera!

- ¡No! Compruébenlo. Estoy seguro de que alguien ha logrado sobrevivir. ¡Vi sombras más allá, supervivientes...!

-Hábleme de la organización del Sr. Siro- El rostro de Blom estaba a escasos centímetros del de Kreg.

Silencio.

- Muy bien- finalizó Blom- tarde o temprano acabará hablando. De aquí solo se sale cadáver.

Blom salió del despacho. Este se precintó herméticamente de forma automática. El escritorio desapareció. Kreg se quedó solo, inmerso en el habitáculo que le seguía examinando.

De pronto sintió cómo la habitación entera descendía dentro del edificio. No supo durante cuanto tiempo estuvo bajando pero tenía casi la completa seguridad de que cuando frenó, la habitación se encontraba varios metros por debajo del nivel del suelo. Estuvo esperando durante dos horas, inmóvil, hasta que los neuro-conectores liberaron las vías de entrada a su cerebro. Solo una pequeña conexión filamentososa le mantenía aún unido al habitáculo, la que vigilaba sus constantes vitales.

Se sentía abatido y decepcionado. Toda la seguridad que le brindaba su sociedad se había desmoronado. De hecho empezaba a creer que nunca había existido. Se había

enterado por Blom de la fragilidad del Farmón ante el peligro inminente de complot hacia el Sistema de Salud. Y, lo que aún consideraba más preocupante, estaba experimentando en sus propias carnes la violación, por parte de quienes debían velar por su seguridad, de su libertad y mucho se temía que más tarde o más temprano, también de su integridad. “De aquí solo se sale cadáver” le había dicho Blom. ¡Muy bien! Estaba decidido a salir, y en el mejor estado posible. Si contraía la EME nunca saldría, si moría se lo llevarían. Decidió que en la muerte estaba la solución.

Se arranco la vía que vigilaba sus constantes, deshizo su terminal y se la volvió a colocar ya inservible. Cerró los ojos y esperó. Sabía que era muy arriesgado y las posibilidades de éxito eran escasas, pero no tenía nada que perder. Si salía mal estaría en la misma situación. Si daba resultado, quizá conseguiría la libertad. Deseó con todo su alma que cuando viniesen confiaran en la máquina. ¡Qué no le tomasen el pulso! Llegado el caso recurriría a la violencia.

Silencio. A través de sus párpados se filtraba la luz. Tenía que evitar cualquier titilación, cualquier guiño delator. Por fin escuchó voces. Se acercaban. La sala se llenó de sombras que barrían sus párpados. Un ir y venir de espectros que eclipsaban la luz. Pero nadie hablaba. Empezaba a tener tentaciones. “¡Aguanta con los ojos cerrados!” No soportaría más sin respirar. Tomó un poco de aire y nadie pareció notarlo. ¿Qué hacían?

Una voz femenina quebró el silencio y ralentizó el movimiento de las sombras.

- Debemos avisar al Dr. Blom.

- ¡Espera!- contesto otra voz masculina- Es más importante que retiremos antes el cadáver. Este individuo, según los informes, está infectado y no pienso exponerme ni exponer al centro.

Al oír esto Kreg no pudo evitar crisar sus manos. Las siguientes palabras le contuvieron.

- Entonces le bajaremos con los demás. Al Dr. Blom no le va a gustar, tenía planes diferentes para este.

Sintió como le alzaban y le colocaban sobre una superficie fría y rígida. Le quitaron la conexión y nadie notó que su extremidad estaba deshilachada. Se pusieron en movimiento. La luz cambiaba de pasillo a pasillo, pero no había sombras. Bajaron aún más. La luz se fue y volvió el silencio.

El tiempo se hacía interminable con los ojos cerrados. Decidió abrirlos. Todo era oscuridad.

Cuando poco a poco fue acostumbrándose a las tinieblas, comenzó a vislumbrar a su alrededor los contornos de lo que parecían largas hileras de sarcófagos. Demasiados para estar todos llenos. Palpó el que tenía a su derecha... demasiado pequeño. “Demasiado pequeño” repetía su mente. Una atroz sospecha le alarmó. Buscó el sistema de apertura y lo abrió.

A pesar de la poca luz la reconoció.

“¡Malditos asesinos!” Yalian no llegaba a llenar con su cuerpecito inerte el metálico ataúd.

“¡Pobre criatura!” Siguió abriendo sarcófagos: la madre de la niña... no siguió. Estaban todos los que iban en el transporte. Nunca tuvieron la intención de curarles o prevenirles contra la EME. Los asesinaron sin miramientos. Si el gobierno del Farmón estaba implicado todo era una gran mentira. Y no habría escapatoria para él.

El siguiente paso era salir de aquella morgue. Ya iba a saltar al suelo cuando oyó voces fuera.

- Los treinta y siete paquetes para dentro de quince minutos. Urge que salgan del centro a su hora- oyó que decían.

No le hizo falta contar los ataúdes. Abrió uno de su tamaño, sacó el cadáver que contenía, lo puso sobre la plataforma y él ocupó su lugar. Esperó. Los quince minutos se le hicieron eternos, pero por fin comenzó a moverse. Comprobó enseguida que los cadáveres eran tratados sin delicadeza.

Nunca se había preocupado por el destino de los farmanitas muertos. ¿Sabía alguien lo que se hacía con ellos? Comprendió entonces que los ritos de las civilizaciones antiguas tenían su función social, aquellos hombres morían sabiendo lo que iba a ser de ellos por que temían a la muerte. Los farmanitas no la temían, por que la ignoraban, solo pensaban en el presente. No había pasado ni futuro.

Desde hacía unos ciclos Kreg había empezado a tener noción de su fragilidad. Podía morir en cualquier momento sin saber porqué. Y a nadie le importaría. Solo a los médicos y serviciales ingenios que tenían que ocuparse de su cuerpo. ¿Qué hacían con ellos? ¿Los desintegraban? ¿Los congelaban? Al final del viaje lo sabría.

Sintió como llegaba el transporte a su destino y como los descargaban los robots de los muelles. El movimiento cesó. Escuchó atento. Un ruido hidráulico se oía repetitivamente. Levantó ligeramente el cierre de su sarcófago. Vio cómo en una plataforma paralela una fila de ataúdes se deslizaba hasta que un gran brazo mecánico, causante del ruido, los abría y extirpaba los cuerpos sin miramiento. Las extremidades y las cabezas colgaban, algunas quebrándose entre las pinzas metálicas del robot. Éste, con sus quiebros hidráulicos, giraba ciento ochenta grados y liberaba su macabra carga en un contenedor. De los contenedores, de unos diez metros de altura, salía una conducción hermética.

Kreg, después de asegurarse de que no había humano cerca, salió de su escondite antes de que fuese asido por el brazo mecánico. La temperatura era baja y comenzaba a tiritar. Afortunadamente a él no le habían desnudado como al resto. Sin saber cómo salir de aquella nave, creyó que la mejor opción sería seguir uno de los conductos que salían de los contenedores hacia las galerías laterales. Antes de internarse en la galería tocó el conducto. Estaba helado, y algo se movía en su interior haciendo vibrar la superficie metálica.

Al principio anduvo por aquel corredor con mucha precaución, atento a lo que oía y preparado para echar a correr. Conforme cogió confianza aligeró el paso. Hasta

ahora no había ningún ser viviente. Sólo sus propios pasos y la palpitación metálica del conducto mantenían activos sus oídos. No sabía hacia donde se dirigía, pero alguna salida tenía que haber. Pasó al lado de una puerta, pero su acceso estaba restringido.

El recorrido comenzaba a hacerse interminable.

-¡Alto, que hace aquí!- la voz salió de detrás. No le había oído acercarse. Se volvió.

Un miembro de la UDS blandiendo un acero inmovilizador se acercaba. Se sintió acorralado, paralizado, no pudo empezar a correr.

- ¡No se mueva y muéstreme su base para identificarle!

Kreg mostró su antebrazo. Pero este no se paró dócilmente para ser examinado, sino que cogió velocidad e hizo una trayectoria ascendente hasta impactar en el rostro del UDS. Con el golpe el acero cayó al suelo. El pánico le tornó violento frente al UDS que, sorprendido, no reaccionaba. Kreg se lanzó contra él. Sentía que su vida dependía de la muerte de aquel hombre. Le mordió en el rostro y el cuello. Se comportaba como un animal rabioso. Nunca había peleado. El sabor de la sangre de su oponente no le resultó extraño. El hombre se revolvía entre gemidos. “Tengo que callarlo antes de que alerte a alguien más”. Kreg comenzó a estrangularle. Desvió la mirada para no ver como se le desorbitaban los ojos, ni como terminaban de velarse con la muerte. Por fin un violento estertor le anunció que el peligro había pasado.

Debía actuar rápido. No tardarían en acudir más UDS. Cogió el cuerpo e intentó arrastrarlo hasta la puerta que había pasado doscientos metros antes. Pero era demasiado pesado. Cogió el acero y comenzó a golpear el antebrazo donde estaban injertados los chips de la base. Escuchó como se partían los huesos, pero la carne no se abría, solo se amorataba. Tendría que morder.

Fue repugnante, pero al fin tenía el antebrazo sanguinolento en su mano. Corrió hasta la puerta con el despojo y acercó la base al ordenador de control. Una ligera descompresión y la puerta se abrió. “¡Libre!” La noche estrellada se cernía sobre Fármanon. Las vías estaban desiertas.

Tiró la llave de su libertad y comenzó a alejarse de aquel tétrico edificio. El lugar le era familiar, la frontera estaba cerca. Su única escapatoria era vivir junto a los exiliados más allá del límite.

Un último vistazo al edificio que abandonaba le dejó petrificado.

- ¡No, no, no!- no podía dejar de gritar corriendo el riesgo de ser descubierto.

Un gran panel electrónico remataba la construcción donde se trataban los cadáveres: “Industrias Cárnicas de Fármanon” Una náusea ahogó su grito. Pero no pudo vomitar, desde la puerta por la que había salido se acercaba una UDS. Corrió hacia los arrabales de la ciudad.

“...la voluntad tiene por objeto un fin, pero unos piensan que su objeto es el bien, y otros que es el bien aparente. Si se dice que el objeto de la voluntad es el bien, se sigue que el objeto deseado por un hombre que no elige bien no es objeto de voluntad (ya que si es objeto de voluntad, será también un bien; pero, así, sucedería que sería un mal); en cambio, para los que dicen que el objeto de la voluntad es el bien aparente, no hay nada deseable por naturaleza, sino lo que a cada uno le parece: a unos una cosa y a otros otra, y si fuera así, cosas contrarias.”

(ARISTÓTELES, Ética Nicomaquea 1113^a-1113b, cit.)

Estaba de nuevo frente a la frontera. Esta vez solo, sin ningún predecesor que le diese la tranquilidad de saber que era posible cruzar. El zumbido del campo de energía y su dolorosa luz azul parecían advertirle de la gravedad de lo que iba a hacer. Dudó unos instantes al recordar la fugaz impresión que tuvo la vez anterior. No, no era una impresión, realmente su cuerpo había comenzado a deshacerse como una pastilla efervescente y, sin embargo, aquello no le produjo dolor. Quizá todo había sido producto de su imaginación, un mal sueño que había traspasado los umbrales de la vigilia para tomar viso de realidad en su mente.

Mientras permanecía frente a los límites decidiendo qué hacer su subconsciente había buscado un sustituto de todos sus miedos, uno real, la idea de volver a ver al Dr. Blom, los cadáveres de ciudadanos convertidos en alimento, volverse loco, ¡Se estaba volviendo loco!... su propia muerte sin esperanza de luchar por ella.

Era su única escapatoria, tenía que cruzar. La vez anterior, cuando siguió a aquel individuo cojo, solo estuvo el tiempo suficiente para darse cuenta de que probablemente moriría. Sin embargo se aferraba a la esperanza de saber que tanto aquel joven como las figuras que le esperaban en el otro lado habían sobrevivido más allá de la barrera.

Cruzó. No quiso mirar ninguna parte de su cuerpo. Volvió a sentir un calor abrasador que había olvidado pero inmediatamente después de liberarse de la temperatura extrema del campo energético se dio cuenta de que algo estaba siendo diferente, sentía como su piel era aliviada. Abrió los ojos y vio con asombro como de un cielo ennegrecido, muy diferente del azul que cubría Fármanon, brotaba agua. ¡Agua cayendo del cielo! ¡Aquello tenía que ser la lluvia, y no quemaba como había creído siempre! Le refrescaba, le vivificaba. Dejó que aquel torrente recorriese su cuerpo ocultando las deformidades que habían vuelto tal y como recordaba de la vez anterior.

El que su transformación parase en un punto determinado le ayudó a acostumbrarse a su aspecto y a entender que quizá no moriría. Deforme y monstruoso, pero vivo. Respiraba con el mismo compás de siempre. Por fin, cuando cesó la lluvia, tuvo el valor de mirar su reflejo en uno de los charcos que se habían formado.

Un ser desconocido le recibió en el otro lado del espejo. Calvo y con pústulas en las mejillas apesadas por un racimo de venas a flor de piel, palpitando. Le faltaba una oreja. La buscó desesperado sin conseguir encontrarla. ¡Su espalda, una protuberancia sobresalía y colgaba! Aquello debía ser el desarrollo final de la dolencia que le llevó a la consulta del Dr. Nergu. Intentó frenar un sollozo y entonces se encontró con sus ojos reflejados en el ponzoñoso charco. Los mismos ojos que le habían mirado cada mañana en su habitáculo. Y vio humanidad, no la había perdido.

Ahí estaba él. Si, era él. Necesitaba tener la certeza porque en caso contrario estaba muerto y su psique había quedado atrapada en un retazo de pesadilla, en un infierno.

Pero había algo que no cuadraba, algo que le dio la esperanza de que todo aquello fuese una alucinación, algo que no podía causar ningún ambiente en tan poco tiempo por muy hostil que fuese, algo que afectaba a su identidad y que desde hacía siglos había quedado en el olvido. Era imposible que su piel...

Se despertó cuando el agua del charco inundaba su boca. Se había adormilado hasta caer rendido en el suelo. ¿Cuánto tiempo había pasado? Quizás horas, el sol abrasaba ¿Qué debía hacer ahora? No quiso volver a verse reflejado y procuró evitar la visión de sus manos. Miró a su alrededor. La tierra era arenosa y las dunas mojadas solo eran interrumpidas a unos cincuenta metros por lo que parecía una vía de comunicación. Dio gracias a su suerte por tener las piernas en perfecto estado cuando comenzó a andar hacia el lugar. Era una antigua carretera, con grietas aquí y allá, pero que extrañamente se había mantenido virgen frente a la abrasiva arena. Cuando recordó que en este lado había habitantes el hecho le pareció menos milagroso y alentó su esperanza de que estuviesen civilizados. Incursiones como las del personaje cojo, mimetizándose con los farmanitas, así lo indicaban.

Recorrer la carretera en dirección contraria a Fármanon le llevaría hasta ellos. Antes miró por ultima vez a sus espaldas. Sobre la frontera se alzaba la cúpula protectora, casi infinita, de Fármanon. Bajo ella, el reino de los médicos, las nubes artificiales y el ocio sin límite de los farmanitas. Ya no era su mundo.

Anduvo durante horas y todo seguía siendo igual, rojizas dunas y el camino de asfalto. Nuevas sensaciones le acompañaban en su viaje. Le parecieron atroces desde el principio: el hambre y la sed. Más pronto de lo que hubiese pensado nunca empezó a echar de menos la seguridad de Fármanon.

Calculaba que llevaría andadas una docena de millas cuando oyó a lo lejos el ruido de una máquina. No hizo intención de esconderse, porque era imposible en aquel desierto y porque quería que le encontrasen para sobrevivir.

Nadie se acercaba. El vehículo lo divisó cuando la carretera iniciaba un declive. Estaba parado con el motor encendido al final de la cuesta abajo y unos hombres se movían a su alrededor. Eran cuatro.

No se fiaba mucho de su única oreja pero dedujo que sus pasos eran silenciosos porque no se dieron cuenta de su presencia hasta que estuvo entre ellos.

-¡Ayuda!- balbuceó. Su voz le sonó ajena. Nunca la había oído.

Los hombres dieron un respingo y se volvieron hacia él alzando unos artefactos que Kreg, sin saber de qué tipo eran, enseguida identificó como armas por la hostil indecisión que mostraban sus dueños. Habló el que parecía llevar la voz cantante:

-¿Quién eres? ¿Le conocéis alguno?

Todos respondieron negativamente.

- Puede que sea el que están esperando- apunto uno de ellos.

-¡Ayuda! - Era la única palabra que permitía su mente.

A un gesto del que se había mostrado como jefe, dos de los hombres le cogieron por los hombros para retenerle. No opuso resistencia.

- Subidle al camión. El Dr. Siro sabrá qué hacer con él.

Había oído antes aquel nombre pero no lograba recordar en qué circunstancias. Estaba demasiado cansado para hacer memoria. Se dejó llevar.

El interior del vehículo era incómodo pero agradeció no tener que seguir andando. Todos menos el conductor se sentaron a su lado. Le observaban atentamente. Todos tan deformes como él. Les miró a los ojos, había humanidad pero no supo si alegrarse por ello.

Continuaron por la carretera en la misma dirección que Kreg había seguido antes de encontrarles. Más arena rojiza, pero llegó un momento en que algunos de aquellos montículos estaban coronados por unas estructuras translúcidas a través de las que se podía adivinar una maraña vegetal cuya transpiración emborronaba la luz del abrasador sol.

Uno de los hombres se dio cuenta de su curiosidad.

- Lo que ves es comida auténtica.- le dijo- cultivada en invernaderos.

Recordó el horrible origen de lo que comían los farmanitas ¿Por qué ellos no podían también cultivar?

- Toma trágatelas- el jefe le tendía la mano con dos pastillas anaranjadas en su palma- debes hacerlo para purificarte, si no quieres que el veneno que tienen en la sangre acabe contigo.

No entendía ¿Cuándo se había envenenado? Sintió miedo y tragó los comprimidos con un poco de agua que le supo a tierra, el mismo sabor que tenía el aire y el olor que desprendían aquellos hombres. Todo parecía surgido de la tierra, la civilización había sido desterrada. Y sin embargo había vestigios: la carretera, los invernaderos, las ruinas que empezaban a aparecer a ambos lados... No tenía noción histórica, en Fármanon siempre había sido todo igual. Ahora tenía la sensación de que todo era perfecto en Fármanon, al saber que eran posibles unas circunstancias diferentes. Tenía la certeza de que había dejado una maravillosa tranquilidad para adentrarse en un infierno desconocido. ¿Pero desde cuando estaba todo esto aquí? La carretera vieja, el camión propulsado por medios no magnéticos emitiendo enfermos gargarismos en cada cuesta, los invernaderos, aquellos hombres... todo tenía que ser parte de un pasado, de un pasado primitivo y no evolucionado que quedó en algún momento al margen de Fármanon. Una punzada atravesó sus sienes ¡Las pastillas!

- Feliz viaje- le dijo alguien.

El color lo inundó todo. ¡Parecía todo tan irreal! Y a la vez la sensación era maravillosa. Desaparecieron todos a su alrededor, lenta e irreversiblemente. Una rugosidad fría recorrió las palmas de sus manos. Miró y allí no había nada. Algo le

estaba pasando a su cabeza, pequeños desgarros. Pero no le importaba, no había dolor.

De pronto el color se tornó en sombras. Intentó averiguar si tenía los ojos abiertos o cerrados, pero la intuición le decía que ya no había ojos. Sin embargo creía ver. No había espacio ni tiempo. La realidad le atrajo bruscamente y vio que estaba tumbado entre frescas sábanas, conectado a una máquina y con las venas abiertas.

Volvió a caer fuera de la vigilia. Una mujer vino a su lecho y se acostó junto a él. Aunque ya no existía el tiempo, la veía con frecuencia entre la neblina febril. Sabía que se trataba de una mujer por su pelo largo con adornos marchitos, pero el resto de su ser estaba descarnado. Era la propia muerte con forma de esqueleto y sentía el contacto de sus heladas tibias bajo las sábanas. Aquella indeseable amante le llamaba con susurros y él gritaba incorporándose lleno de pavor. Entonces desde la realidad una mano cálida le tranquilizaba y volvía a acomodarlo en el lecho. Un rostro horrible y unos ojos dulces le miraban con atención. La imagen acababa perdiéndose en un nuevo desmayo.

La dama amortajada volvía y los gritos con ella. Pero siempre estaba allí la cálida mano. No supo cuanto tiempo pasó así, repitiéndose los desmayos. Hasta que llegó un momento en que la esquelética mujer no volvió. Una asfixiante necesidad de abarcar más aire le despertó por completo con un agónico jadeo.

Comenzó a sentirse bien. Lo primero que vio fueron los ojos de una mujer. Al principio creyó que eran los de la enfermera de la consulta del Dr. Nergu. Pensó que seguramente se había desmayado durante la visita y que todo había sido una pesadilla. Las batas blancas que aparecieron detrás de ella le arrebataron aquella esperanza. Reconoció las manos cálidas que le habían reconfortado durante su pérdida de conocimiento en las de la mujer. Llevaba bata de enfermera pero no era la del Dr. Nergu.

Las batas blancas se acercaron y ella se retiró. Todos tenían rostros como el suyo, deformados por pústulas y callosidades. Uno de ellos le habló mientras le mostraba una membrana con arenisca negra en su interior.

- Sr. Kreg, aquí tiene sus posos de café.- no entendía ¿Café, qué era café?

De pronto su corazón dio un vuelco, aquel hombre era el joven farmanita cojo que siguió hasta el límite, la imagen por la que Blom le había interrogado, el culpable de que traspasase por primera vez la frontera y por el que seguramente se encontraba ahora allí. Maldijo el momento en que decidió ir tras él, maldijo su afición de seguir a la gente y se maldijo a sí mismo.

El hombre de bata insistió mostrándole la membrana.

- Esto, amigo mío, estaba acabando con su vida, pero ya no hay motivo de preocupación, hemos sacado todo por hemodiálisis.- no entendía, pero supuso que el proceso había tenido que ver con la máquina que estaba a su lado y con la que aún estaban conectadas sus venas. Reapareció la enfermera de ojos dulces y cara deforme y comenzó a liberarle de los manguitos y los catéteres.

No podía hablar porque no sabía qué decir.

- Soy el Dr. Siro.- le tendió la mano pero él no correspondió. ¡Así que realmente existía Siro y la organización de la que habló el Dr. Blom! ¡Estaba entre proscritos que amenazaban la estabilidad de Fármanon! Él ya estaba perdido, no sabía cuanto tiempo le quedaba de vida en aquel ambiente, pero se sentía con el deber de ayudar a Fármanon, de informarles de lo que estaba pasando allí. Tenía que volver y antes debía recabar información.

- ¿Dónde estoy, quienes son ustedes, que es lo que me han hecho, por qué sigo vivo...?

- Cada acosa a su tiempo amigo- le cortó el Dr. Siro- Puede levantarse sin temor y seguirme, le enseñaré todo.

Pero no le enseñó todo. Le vendaron los ojos. Cuando le dejaron ver y se acostumbro de nuevo a la luz se encontraba en una gran estructura, un almacén según le pareció por los infinitos estantes que se perdían de vista. Todos llenos de cajas con etiquetas de las que solo pudo leer, por el rabillo del ojo, algunas terminaciones como -deína, u -oxina. Siro iba demasiado deprisa como para fijarse en detalles, a duras penas podía seguirle. Iban solos.

Por fin pararon en el centro de la nave donde había una especie de plaza central flanqueada por las estanterías más altas.

- Lo que ve, Sr. Kreg, es lo que nos mantiene vivos. Y lo que nos permite llegar a una edad más avanzada que la que cualquier farmanita pueda alcanzar.

- ¿Dónde estamos, qué es todo esto?

- Todo esto, Sr. Kreg, son medicinas.

Las medicinas del pasado pensó Kreg, mera superchería. Estaban locos si pensaban que aquella vieja química podía mantenerles vivos fuera de Fármanon. La enfermedad había sido desterrada hacía siglos de los dominios de la ciudad, pero fuera de ella, sin poder humano que la controlase, siempre se había creído que había evolucionado hacia mutaciones más virulentas y mortíferas. El verse con vida le indicaba que quizá se había exagerado, pero el aspecto deforme de todos ellos demostraba que las enfermedades aún persistían fuera de Fármanon. No se podía salir, no debería haber salido nunca.

- ¿Y se hace llamar usted doctor?- dijo Kreg- ¿permitiendo que todos estos seres humanos sufran enfermedades para experimentar con estas viejas medicinas?

- Cállese Sr. Kreg, hoy por hoy soy el único médico que existe fuera y dentro de Fármanon. Sus queridos médicos de la ciudad nunca lo han sido, nunca han afrontado la enfermedad...

- Porque no la hay.- cortó Kreg.

- Se equivoca, ningún Farmanita muere de viejo. Están muriendo de enfermedad sin saberlo ni siquiera los que ustedes llaman médicos y que realmente son meros vigilantes de la herencia que dejó la política del pasado.

- ¿Política?- aquella palabra que no conocía le pareció sin embargo que despertaba algo en su memoria común de ser humano.

- Algo que se perdió hace cientos de años junto con otros saberes como la medicina.- el tono de Siro era nostálgico.

- No se perdieron, se superaron- apuntó Kreg.

- En el pasado la política regía el mundo. El gobernar era un arte al que optaban diferentes facciones. El poder atraía tanto a lo bueno como a lo malo, pero la política era una forma de asegurar el cambio. ¿Qué cambios ha tenido Fármanon en los últimos siglos? Ninguno. La política ya no existe.

- Por que ya no es necesaria.

- Exacto. Al igual que las antiguas medicinas.

Kreg asintió complacido.

- Pero todo es una gran mentira Sr. Kreg, una maravillosa mentira que usted añora ahora que ha visto el mundo exterior. Una magnífica mentira que empieza a peligrar y que necesita de un acto heroico, de un acto político que, en este caso y contrariamente al arte de la política, evite el cambio. Necesitamos lo que los antiguos denominaban atentado.

- Explíquese, no le acabo de entender. ¿Hay peligro de que vuelva la política, de que se produzcan cambios, de que la enfermedad vuelva a Fármanon?

- La enfermedad nunca se fue de Fármanon, Sr. Kreg. El origen de todo lo que somos ahora se gestó en el fin de la era multirracial, antes de que Fármanon existiera. Durante la era multirracial las civilizaciones se sucedían y coexistían, donde fracasaba una, otra lograba el éxito. Florecían imperios que acababan derrumbándose por la venida de otros o sucumbiendo por su propia debilidad interna. El resultado final de todo esto era el progreso, la humanidad se superaba, siempre había relevo. Los avances se hicieron globales y los modos de gobernar también. El planeta acabó siendo una sola civilización con un solo modo de pensar. Felizmente parecía que por fin el hombre podía prescindir de armas y ejércitos para defenderse. Ya no había amenazas exteriores.

“Algo parecido sucedió en otros campos de la vida humana. La medicina se había hecho con el control de la salud casi de manera absoluta. Todas las enfermedades estaban controladas o erradicadas y la esperanza de vida alcanzaba fácilmente los cien años. La investigación se frenó hasta desaparecer porque no había ya amenaza. El sistema solar se había mostrado estéril e inhabitable, por lo que las miradas de los científicos se volvieron sobre el interior y los lugares más recónditos de la tierra y sus habitantes, para acabar muriendo en el desinterés y la certeza del conocimiento pleno. Entonces el avance científico dirigió su búsqueda hacia el ocio. La gente dejó de ser productiva. Las máquinas lo hacían todo, ellos solo tenían que disfrutar.”

“Pero nada es para siempre Sr. Kreg. El modo de pensar oficial era el mismo en todos los lugares de la tierra, no había amenazas exteriores, sin embargo la amenaza interna nadie la vio llegar. Cuando fueron conscientes de ella era demasiado tarde.”

“Esta ociosa situación propició que resurgiesen corrientes de pensamiento más espiritual ya desaparecidos frente a la ciencia, ya solo orientada a la búsqueda del ocio y la felicidad cotidiana. Estas nuevas ideas se incubaban en el seno de grupos neoreligiosos de origen oriental que pronto empezaron a ver en la sociedad ociosa una amenaza de su ideal espiritual por el cual querían alcanzar una felicidad ajena a la tecnología. Estas voces discordantes encontraron su refugio, la morada donde se gestaban sus ideas, en todos los rincones de la civilización global. Se extendió como un cáncer antes de que los dirigentes políticos se diesen cuenta.”

“Entonces llegó el enfrentamiento. Los ataques terroristas por parte de los nuevos sectarios se hicieron tan habituales que nadie se sentía a salvo. Las calles comenzaron a estar desiertas, la población se armó, muchas veces recurriendo incluso a los propios fanáticos. La situación se hizo insostenible para las fuerzas de control de los estados y por fin la barbarie bélica afloró durante una encarnizada década. La crisis económica, propiciada por la inseguridad, azotó todos los hogares, en cuyas mesas era cada vez más difícil disponer de alimentos. El abastecimiento era imposible.”

“La sanidad también se vio afectada. Como los laboratorios farmacéuticos

habían desaparecido al no haber enfermedades, los hombres se vieron indefensos ante el rebrote de epidemias que durante decenios habían permanecido desterradas. Solo los laboratorios Marlon Farma fueron capaces de resurgir pues no habían cesado del todo sus actividades, dedicadas a la investigación neurológica para el ejército y la nutricional, pues el mundo nunca había dejado de alimentarse. Su propietario, el doctor Marlon, aceptó la fusión de la empresa con el aparato militar que investigaba en tecnología armamentística. Nacían así Laboratorios Fármanon.”

“En cuanto al conflicto bélico terminó por convertirse en una Guerra Final. Desapareció el movimiento insurgente, pero también los gobiernos e instituciones, todo quedó arrasado. La civilización había dado un último salto hacia el abismo. La radiactividad convirtió el planeta en un desierto ponzoñoso.”

“Oficialmente las razas desaparecieron de la faz de la tierra, pues solo la más fuerte pudo sobrevivir en un ambiente de hostil radiactividad... Creo Sr. Kreg que ahora no estará totalmente de acuerdo con esto último.”

Kreg había intentado evitar enfrentarse a la cuestión desde que cruzara la frontera y viese su piel por primera vez. Todo tenía que ser una alucinación. Era imposible aquel cambio. Se miró las manos.

- Si, Sr. Kreg, usted es negro. ¿No le gusta la idea?

- ¿Cómo?

- Las razas nunca llegaron a desaparecer. Pero interesaba que así se creyese para evitar nuevas desigualdades de pensamiento. La cultura era fácil de erradicar, el color de la piel no. Marlon Farma lo consiguió.

- ¿Por qué?

- Usted mismo, Sr. Kreg, no pone muy buena cara al saberse negro. Lo llevamos en lo más profundo de nuestros genes más ancestrales. Nos asusta lo diferente. Marlon Farma quería evitar cualquier desigualdad de pensamiento que volviese a repetir la sinrazón terrorista.

“Marlon Farma, el gran laboratorio, devolvió a los ciudadanos el estado anterior de bienestar, volviendo a relegar al olvido los virus y enfermedades resurgentes. Pero su mayor logro fue que acabó con el peligro radiactivo, ya nadie moría por esta causa desde que Fármanon se hizo con el control de la sanidad.”

“Después llegó el control y dirección del Estado. La gente ya no confiaba en la clase política y volvieron sus anhelos de ser organizados y protegidos hacia Fármanon. El laboratorio acabó ocupando todos los cargos de poder dentro del sistema, creándose una nueva clase de médicos e investigadores dirigentes: los Miembros del Farmón. El laboratorio crecía de manera incontrolada, haciéndose ciudad y finalmente estado, acogiendo a todos los hombres que se acercaban a sus fronteras en busca de asilo. Desintegradas las naciones, solo Fármanon permanecía, fuera de ella y de su tecnología nada podía pervivir. “

“Se había vuelto con nuevos bríos a la felicidad tecnológica. Pero una nueva

amenaza se cernió sobre el devenir de Fármanon. Los análisis en ciertos ciudadanos que se suicidaban sin causa aparente demostró que un virus desconocido acechaba a los farmanitas. Si estos dejaban de consumir los fármacos, que el laboratorio administraba de forma periódica, el virus se apoderaba de ellos produciéndoles una extraña perturbación mental. Afortunadamente el problema se hizo controlable, pues los Miembros del Farmón decretaron la DS periódica para evitar la infección. “

“Esta es la versión oficial, la necesaria gran mentira. Pero la verdad es que las medicinas han sido siempre muy caras y los antepasados de Marlon consiguieron, a partir de los experimentos que habían hecho durante la guerra, crear mediante nanotecnía unos nano-conversores que, adosados a las neuronas, hacían entrar a su huésped en un estado de aparente bienestar, viéndose a él y a los de su entorno en un perfecto estado de salud y con la edad deseada. Nadie se sentiría enfermo, nadie vería enfermo a nadie mientras estuviesen bajo el influjo del campo energético que daba actividad a los nano-conversores.”

- ¡La frontera!- exclamo Kreg.

- Si- continuo Siro- todos se sentían sanos aunque no lo estaban. La gente muere en Fármanon por la enfermedad, que nunca se erradico sino que se obvió bajo una apariencia de sana normalidad creada por los nano-conversores. Y bajo la apariencia de una misma raza. Negros, amarillos... todos creen que siempre han sido blancos.

- Entonces estamos todos enfermos y no he muerto al cruzar la frontera porque mi estado siempre ha sido el mismo. Solo ha cambiado mi forma de ver la realidad.- Kreg miraba sus brazos deformes.

- En efecto. Ahora está viendo la auténtica realidad. Si vuelve a Fármanon verá que todos son como nosotros, deformes y de diferentes razas. Porque los que sobrevivieron a la radiactividad y sus descendientes se mantuvieron enfermos de manera crónica y nunca hubo una raza que aguantase mejor. Lo que ve es lo que somos después de evolucionar tras la radiactividad.

- ¡Mutantes!- exclamó Kreg- ¿y qué es lo que me hicieron con la máquina?

- Cuando se abandona el campo energético de Fármanon los nano-conversores se convierten en chatarra inútil que envenenan la sangre. Por eso le dimos una droga que los desenganchase de sus neuronas y le sometimos a hemodiálisis para sacárselos de su sistema circulatorio. ¿Y ahora qué cree de su Fármanon? ¿No le hubiese gustado seguir ajeno a todo, seguir en la mentira?

- Si, es todo horrible. No debí seguirle aquella vez. Preferiría permanecer ignorante.

- Por eso le elegimos a usted, Sr. Kreg. Su afición a seguir a sus vecinos vino en buen momento. Porque la estabilidad de Fármanon está en peligro. Le necesitamos, necesitamos que vuelva y evite el cambio. ¿Le gustaría ahorrarles a sus conciudadanos el trance por el que usted está pasando? ¿Les salvaría de la verdad? Esta en su mano.

- Si ¿Pero cómo? ¿Cuál es la amenaza?

- La DS es una nueva dosis de nano-conversores que va reemplazando los que terminan su vida útil. La hicieron obligatoria, induciendo al miedo a una enfermedad mental, la EME, para que nadie volviese a ver la realidad. Los que se saltan alguna DS acaban viendo la realidad y se suicidan o bien mueren envenenados por los nano-conversores inútiles liberados a su torrente sanguíneo. Entonces se les declara víctimas de la EME. Nadie le daba importancia a estas muertes, excepto el Dr. Nergu, que está investigando más de la cuenta...

- ¡Quieren que acabe con él!

- Usted decide Sr. Kreg. Se descubre todo con lo que esto conllevará: suicidios, guerra... o salva a su ciudad a cambio de una sola vida.

- ¿Y que hay de ustedes? ¿Por qué hacen todo esto? El Dr. Blom piensa que son un grupo peligroso para Fármanon

- En el mundo exterior no solo estamos nosotros, hay más gente que vaga por la tierra yerma y que amenazarían a Fármanon si descubriesen su existencia. Nosotros somos los guardianes de Fármanon, la protegemos del mundo exterior. Solo conocen nuestra existencia Marlon y algunos miembros del Farmón. Blom es un médico burócrata que desconoce nuestra verdadera finalidad. Para nosotros es una especie de auditor del sistema. Médicos como él, con su celo profesional, ponen a prueba nuestra organización y hace que los médicos no se relajen en su vigilancia frente a los que no se administran periódicamente la DS.

“Nosotros vivimos más porque acaparamos medicinas antiguas de almacenes abandonados y los traemos aquí. Comemos vegetales que cultivamos a pesar de la mala calidad de la tierra. Como pudo descubrir, Fármanon paga por su alta población frente a los escasos recursos con un autoabastecimiento algo desagradable. Pero es necesario que sea así para mantener el equilibrio. Nosotros guardamos que ni la política, ni la enfermedad, ni el hambre vuelvan a perturbar a los seres humanos que viven dentro de la frontera. Le necesitamos Sr. Kreg, ahora la amenaza es interna. “

- ¿Y que pasará conmigo?

- Volverá aquí y se convertirá en un guardián con todos sus privilegios: comida auténtica y una vida más longeva.

"Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres".

Evangelio de San Juan (8, 32)

- ¿Sabe que le están buscando?- la enfermera del Dr. Nergu seguía teniendo la misma voz dulce y aquellos maravillosos ojos verdes que le cautivaron la primera vez que la vio. Pero la mitad de su rostro supuraba. Su cabellera era abundante y más oscura. Su mano izquierda delicada y tersa contrastaba con la derecha retorcida y seca.

A Kreg, a pesar de que sabía que ocurriría así, le había sorprendido ver el aspecto real de aquella joven. No había sido suficiente preparación ver los cuerpos deformes de los farmanitas inundando las vías mientras se dirigía a la consulta del Dr. Nergu. Ella seguía siendo la misma y sin embargo...

-¿Señor Kreg?

-Perdone. Si, sé que me buscan por eso quiero hablar con el Dr. Nergu, para que me asegure ciertas garantías si me entrego a las autoridades sanitarias.- estaba muy nervioso. Acariciaba un objeto frío en el bolsillo de su traje, “una pistola” le había dicho Siro, “rápida y sin dolor”.

La enfermera no aguantaba su mirada fija. Se acordaba aún de que habían tenido una cita y él no había acudido. ¡Hay tanta humanidad en esos ojos! Ella le dijo que aguardase mientras hablaba personalmente con el Dr. Nergu que en esos momentos estaba con otro paciente.

Apenas escuchó lo que dijo y la vio entrar en la consulta. ¡Aquellos ojos! Aquellos ojos le estaban diciendo que iba a perder la libertad con lo que iba a hacer y condenaría a todos los farmanitas a una estabilidad ociosa. Hasta ahora no se había dado cuenta de lo que había conseguido porque no sabía de su existencia: ahora era libre. Inconscientemente había buscado esa libertad en cada momento que empleaba en seguir a sus vecinos. La ociosidad le asfixiaba y siempre había buscado aire sin saberlo hasta ahora. Había algo más allá de los guardianes, “más gente que vaga por la tierra yerma” había dicho Siro. ¿Cómo eran, podían quizá estar más avanzados? Lo dudaba, pero necesitaba saber, esa era la primera sensación de libertad que había tenido: necesidad de saber.

Seguía acariciando el arma cuando salió la enfermera. Antes de que hablase, él le preguntó su nombre. Cuando se lo dijo se sonrojó la mitad intacta de su rostro. A Kreg le pareció que más que nunca aquellos ojos tan llenos de humanidad se merecían la libertad.

- Puede pasar- dijo ella bajando la mirada.

- Cuando salga- contestó él- ya nadie me buscará porque, aunque le parezca una locura, todos empezaran a buscar fuera de la ciudad. Seremos libres de hacer lo que queramos. ¿Qué le parece? ¿Al finalizar el ciclo, en mi casa?

Ella volvió a alzar la mirada con un interrogante.

- Esta vez acudiré- dijo Kreg. Entonces, después de dudar un poco, ella asintió.- tenga esto y arrójelo al incinerador de desechos.

Sacó del bolsillo la pistola y se la dio.

“Sr. Siro- pensó- seré el primer político de la nueva era, el primer farmanita que produce un cambio desde hace miles de años”

Entró en el despacho del Dr. Nergu con la sensación de que la puerta que abría era la de la misma ciudad de Fármanon.

Autor: Andrés M. Cardiel Martínez; Zaragoza, España.

Relato ganador del Premio Andrómeda 2008 de Ficción Especulativa.

Hyperespacio Andrómeda

www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.